

BIBLIOGRAFIA

el progreso dogmático subjetivo (p. 87) aunque habría que probarlo de hecho. La segunda objeción contempla los problemas que plantea la separabilidad del orden y la jurisdicción; si, aunque sea «per accidens» (pp. 89-90), es válido el ejercicio de la jurisdicción en la diócesis antes de recibir la consagración, nos parece que falla la estructura metafísica propuesta; se descubre aquí la relevancia que en el tema tienen las intrincadas relaciones entre orden y jurisdicción, las cuales aún se resisten a ser estructuradas en un conjunto absolutamente armónico y coherente.

Este pequeño libro en latín, de cuidada impresión, de factura lógica, ofrece un trabajo interesante al jurista, pero que no creemos poder calificar de definitivo.

ANGEL MIER

RAFAEL SERRA RUIZ, *El pensamiento social-político del Cardenal Belluga (1662-1743)*, 1 vol. de 446 págs., Murcia, 1963.

Un especialista del XVIII, Vicente Palacio Atard, afirma en uno de sus últimos trabajos que hasta tanto no se conozcan, total y científicamente, las biografías de las grandes figuras del siglo, aspectos fundamentales de éste permanecerán soterrados. Desde el auge de la historia institucional hasta el de la económica-social se ha objetado desde todos los sectores contra la historia biográfica, acusándola de epidérmica y de escaso interés para el conocimiento profundo del pasado. Con la aparición, en 1949, de la célebre obra de Braudel «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II», este ambiente cambió y las concepciones historiográficas se decantaron de nuevo conforme a la tabla de su auténtica valía. En la actualidad, los grandes trabajos biográficos de nuestra modernidad emprendidos por investigadores extranjeros —Defourneaux, Demerson, etc.— son todos ellos una armónica síntesis entre el estudio de los caracteres individuales de los personajes en cuestión y las estructuras colectivas en que estos se encuadran y se explican.

En un país como España, en el que desde los tiempos medievales se ha venido acusando a las minorías dirigentes de no estar en consonancia con el valor y capacidad del pueblo, parecía lógico que los

historiadores se hubieran afanado por demostrar la autenticidad o la falsedad de esta tesis. Y tal empresa se nos hace aún más urgente en una centuria como la decimo octava, en donde el despotismo ilustrado fue ley general de la actuación política. Sin embargo, los historiadores españoles se han interesado poco por este tema. Estudios biográficos de una figura y de su ambiente como los de Huizinga, Fabre o Madelin no existen en nuestra historiografía nacional. Los motivos de ello serían largos de explicar. En la historiografía del último cuarto de siglo, con las excepciones de las obras de Marañón, Vicens Vives, Andrés Vázquez de Prada —ésta sobre una figura extranjera— y Jesús Pabón, el balance que la ciencia española puede presentar en este terreno es asombrosamente pobre.

La obra que comentamos en estas líneas es uno de esos escasos estudios biográficos a que nos referimos, y constituye una estimable aportación a uno de los períodos más deficientemente conocidos de la historia moderna española. El profesor Seco, en un trabajo no utilizado por Serra Ruiz —el estudio preliminar a los «Comentarios de la Guerra de España e Historia de Felipe V...», del marqués de San Felipe— analizó algunas de las causas del abandono en que se ha tenido hasta fecha reciente el reinado del primer Borbón, y particularmente su primera fase. Desde la caída de Olivares hasta la firma del segundo pacto de Familia existe un inexplicable vacío en nuestra historia. Salvo los estudios de Cánovas, del Duque de Maura y de Baudrillard y los trabajos dedicados últimamente a los aspectos internacionales del reinado de Felipe V —Gibraltar, irredentismo mediterráneo, alianzas con Francia, etc.— pocos investigadores han tratado de ocupar y rescatar para la comprensión histórica esta tierra de nadie. Quizá las causas de este vacío de comprensión deban buscarse, en última instancia, en la idiosincrasia y temperamento españoles, más propensos a la exaltación de las glorias que al análisis de las contrariedades. Pero en los sucesos de esta época —y con especial fuerza en los últimos decenios del XVII— estimo que se encuentran pruebas admirables y auténticas del carácter nacional. Como en otros momentos de su existencia, el espectáculo que ofrece la España de Felipe IV o de Carlos II, asediada —a veces conquistada—

por todo género de miseria y pesadumbre material, que le llevó en numerosas ocasiones al borde del desánimo, sin conseguir nunca rendirla, es uno de los más emocionantes ejemplos que pueblo alguno puede presentar. Aquel sosiego, fruto de una claridad y de una armonía interior grandes, que los extranjeros tanto admiraban en los españoles del Quinientos, no se perdió cuando, con profundo dolor, se asistió al cuarteamiento primero, y al desplome después, del edificio construido en los días «del creciente de imperio».

La figura estudiada por Serra debe encuadrarse en la España austracista. De ella recogió las ideas motrices de su pensamiento y en ella transcurrieron sus años de juventud y formación. Las facetas más conocidas de su personalidad han hecho, sin embargo, que se le considere como un típico representante de la primera generación reformista del siglo XVIII. La amplia labor que realizó, las empresas económicas que puso en marcha, sus planes en materias de costumbres y educación, encajan sin esfuerzo en las grandes corrientes impulsadas por la Monarquía borbónica desde su instauración en la Península. Tanto en la obra de Belluga como en la de Feijoo —del que Serra resalta, equivocadamente a nuestro parecer, las distancias intelectuales y de mentalidad que le separan del prelado murciano— es perceptible cómo el espíritu de la España austracista permanece casi intacto bajo los pliegues de una vestimenta más o menos francesa.

El problema generacional de Belluga es tan sólo planteado en las páginas del libro comentado, pero rehuyéndose toda profundización y sin llegar nunca a conclusiones firmes. Una semblanza biográfica más completa y, sobre todo, un perfil psicológico más definido y penetrante hubieran dado, sin duda, a la obra de Serra una mayor hondura y una más grande consistencia. Aunque el autor se remite en este punto a diversas monografías sobre el Cardenal, en las que se estudian, según él, pormenorizadamente los citados aspectos, insistimos en que resulta imprescindible, o al menos muy conveniente, antes de penetrar el pensamiento de cualquier figura, conocer su alma y carácter.

La obra está dividida en cuatro partes en las que se analizan, respectivamente, el pensamiento político, el pensamiento social, la obra social y las ideas jurídicas

del Cardenal Belluga. Las fuentes utilizadas primordialmente son sus propios escritos, algunos inéditos hasta ser descubiertos y usados por Serra. La constante referencia a las obras del prelado y el exhaustivo empleo de los trabajos publicados sobre su figura dan al libro autoridad documental y crítica, a pesar de que, a veces, se incurre en cierto abuso de textos, de los que algunos pudieran ir, sin menoscabo del rigor del libro, en forma de apéndice o de notas.

Por el contrario, el abocetamiento del telón de fondo sobre el que se proyecta y se hace inteligible la vida y la obra del prelado murciano, es sumamente superficial. La descripción que en las páginas introductorias nos traba el autor, alcanza con esfuerzo un discreto nivel científico. Resulta evidente que la síntesis hecha por Serra no responde a un estudio reposado e intensivo del período, quedándose casi siempre en una mera recopilación de opiniones ajenas, y en la que tampoco se alcanza la pretensión de exhaustividad al parecer deseada por el autor. Algunos datos están igualmente aceptados sin juicio crítico, con lo que se incurre en contradicciones. Está muy lejos de nuestro propósito el hacer una crítica de los temas y puntos accidentales de la obra, pues al lado de las razones que acaso abonaran aquélla, podrían ponerse otros muchos factores eximentes o justificativos. Sólo deseamos notar los defectos en que se cae cuando se describen grandes panorámicas históricas, sin previo ahondamiento en las parcelas que las integran. Tal vez sea mejor en estos casos entroncar el tema abordado con las líneas de fuerza del período a que pertenece, a través de un estudio parcial, pero completamente conocido y elaborado.

Aunque más justificadamente en este punto, en la misma superficialidad incurre el autor al bosquejar en breves pinceladas la situación que hace explicable el pensamiento y la actitud de Belluga ante la problemática concreta de su tiempo. Así, por ejemplo, los caracteres con que describe el ambiente eclesiástico de la época del Cardenal no tenían vigencia en la España del primer Borbón, y son más apropiados para la clerecía de la segunda mitad del siglo. Y ello por haber utilizado fuentes y estudios relativos más bien a la segunda parte de la centuria.

Desconcierta también que el autor ha-

BIBLIOGRAFIA

ga con tanta profusión referencias a obras cuya problemática se encuentra ya muy superada, así como la constante alusión a manuales y a síntesis excesivamente generales. Por otra parte, el sistema de citas empleado por Serra es confuso y embrollado y, en algunas ocasiones, inexacto. A veces una misma obra es citada con criterios distintos. Así la «Historia social y económica de España y América» dirigida por Vicens Vives, pero escrita, en lo que respecta al siglo XVIII, por Antonio Domínguez Ortiz y Juan Reglá, es mencionada en unas ocasiones por el nombre de su director, en otras por sus verdaderos autores, y en otras, por último, por los tres. Citar por primera vez una obra sin dar su ficha completa y remitiéndose para ello a la bibliografía general resulta igualmente incómodo y confuso para el lector.

Pequeños descuidos todos éstos a que hemos aludido con el único afán de prestar modestamente algunas sugerencias al autor de la obra comentada, cuya valiosidad y honradez científicas no se ven por ello en absoluto mermadas. Con aportaciones como las de Serra —de cuya laboriosidad y dedicación a las tareas investigadoras da una idea su ya extensa temática y producción— se podrá algún día emprender esa historia general de los españoles, de la que estamos aún tan lejos, y que la historiografía nacional todavía no ha sido capaz de acometer, en especial por falta de estudios monográficos solventes.

JOSÉ MANUEL CUENCA

La Sacra Congregazione del Concilio, Quarto Centenario dalla Fondazione (1564-1964), Studi e ricerche, 1 vol. de 684 págs., Città del Vaticano, 1964.

Un preciso y breve prólogo de Mons. Palazzini, Secretario de la S. C. del Concilio y presidente de la Comisión para conmemorar el IV Centenario de la misma, nos abre las puertas de 21 trabajos de desigual extensión y variado interés.

El volumen viene dividido en dos partes. En la primera se agrupan los siguientes estudios:

- F. Romita, *Le origine della S. C. del Concilio* (pp. 13-50).
- G. Varsányi, *De competentia et procedura S. C. Concilii* (51-161).
- Ch. Lefebvre, *La S. Congregation du Con-*

- cile et le Tribunal de la S. Rote Romaine à la fin du XVI siècle* (163-177).
- L. Stangarone, *La S. C. del Concilio al tempo di Papa Pio IX* (179-249).
- S. Tromp, *De Cardinalibus interpretibus S. Concilii Tridentini annis 1564-1600* (251-263).
- N. Del Re, *I Cardinali Prefetti della S. C. del Concilio dalle origini ad oggi* (265-307).
- G. Papa, *Il Card. Antonio Carafa, Prefetto della S. C. del Concilio* (309-338).
- J. Parisella, *Julius Pogianus, Sacrae Congregationis Concilii primus a Secretis idemque optimus latinitatis scriptor* (339-359).
- P. Palazzini, *Prospero Fagnani, Segretario della S. C. del Concilio e suoi editi ed inediti* (361-382).
- G. Palazzini, *I poteri straordinari del Segretario della S. C. del Concilio dal 1798 al 1801* (383-393).

La segunda parte acoge estudios de una mayor variedad:

- F. Chiappafreddo, *L'Archivio della S. C. del Concilio* (395-422).
- H. Crovella, *De Libro Visitationum Sacrorum Liminum* (423-446).
- A. Parisella, «*Liber Litterarum*» *Sacrae Congregationis Concilii* (447-476).
- F. Romita, *La continuazione del Thesaurus Resolutionum S. Congregationis Concilii* (477-480).
- G. Onclin, *Principia generalia de fidelium associationibus* (481-522).
- J. Parisella, *S. C. Concilii iurisprudencia de emeriti seu, ut aiunt, Jubilationis indulto (can. 422 C.I.C.)* (523-556).
- P. Ciprotti, *De praesumenda beneficiarii morte secundum quamdam S. C. Concilii resolutionem* (557-562).
- R. Creytens, *La giurisprudenza della S. C. del Concilio nella questione della clausura delle monache* (563-597).
- E. Cattaneo, *Gli ostacoli posti dal Senato Milanese alla pubblicazione del 1.º Concilio Provinciale (a. 1565)* (599-615).
- C. De Clercq, *Ultima relatio Cardinalis de Frankenberg super statum archidiceseos Mechliniensis* (1793) (617-631).
- F. Romita, *Lo «Studio» della S. C. del Concilio e gli «Studi» della Curia Romana* (633-677).

Y, finalmente, las págs. 679-684 inclu-